

María Inés Moreno Verdugo*
(Pontificia Universidad Javeriana)

La unidad estética en Héctor Rojas Herazo¹

Resumen:

Héctor Rojas Herazo (1921 Tolú - 2002 Bogotá - Colombia), pintó cuadros figurativos de raigambre caribe, americana. Escribió poemas en los que Dios y el hombre tienen una relación de alteridad: son vecinos y conocidos. Narró la soledad, la angustia, la culpa de los seres humanos, en un ambiente caluroso y denso, donde la brisa que mueve los almendros aviva los recuerdos del burócrata ciudadano, como único medio para combatir el olvido y evitar la pudrición del ser humano.

Palabras clave: pintura, expresionismo, estética rojasheraciana, poesía, grupo Mito, narrativa, palimpsestos, *Flash Back*, alteridad.

Abstracts:

The aesthetic unit in Héctor Rojas Herazo

Héctor Rojas Herazo (1921 Tolú - 2002 Bogotá - Colombia), painted figurative paintings of mass of caribbean and american roots. He wrote poems where God and man have a relation of alternatively, they are neighbours and wellknowns. Also he narrated stories about of solitude, anguish and guilt of human beings; inside of a dense and warm environment, where the breeze that moves almond-trees, revives memories of citizen bureaucratic, as only way to fight oblivion and avoid the putrefaction of man.

Key Words: Painting, Expressionism, Rojasheraciana Esthetic, Poetry, Mito Group, Narrative, Palimpsest, Flash back, Alternatively.

* Estudiante de Maestría en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana.

¹ Este trabajo tiene como base la investigación adelantada por Dora O. Carreño de Olmos y María Inés Moreno Verdugo, para optar al título de Licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad de la Sabana, Bogotá, 1990.

¿Quién es Rojas Herazo?

Rojas Herazo es alguien a quien yo conozco. Quiero decir a quien me jacto de conocer un poco. Toda existencia es un milagro. Es un misterio tan apretado, tan denso (me refiero al puro vivir, al puro padecer, y tal vez trascender, lo inmediato, lo cotidiano, el diario y universo suceder) que saber algo de alguien es una quimera, algo que realmente se vuelve impresionante, distante, inasequible, cuando se trata de un misterio. El máximo misterio es conocerse a sí mismo. De Rojas Herazo, por ejemplo, conozco su angustia, su ímpetu, su valiente cobardía. Es sencillamente un hombre frente a la tierra. Lo quiero, lo defiendo y lo detesto. Lo sufro, además. Y él lo sabe. Por eso me hace trastadas. Sus cuadros, por ejemplo. Los crímenes callados que comete con las palabras. Si yo hablara (...) si pudiera hablar de él (...) Las cosas que diría, las infidencias que cometería.

Héctor Rojas Herazo (1968a)

La estética pictórica

La Estética es la ciencia que se ocupa de lo bello y, en esa medida, constituye la teoría fundamental y filosófica del arte. Como disciplina, abarca una amplitud de campo que va desde la consideración puramente metafísica hasta el análisis de obras concretas o tendencias, prácticas y gustos de cada época. Así, los términos arte y belleza no siempre son coincidentes, ya que en algunas de sus manifestaciones el arte se encarga de reflejar lo cotidiano, la fealdad, lo grotesco, y no por eso deja de ser artístico o estético. Ahora se considera otro concepto de lo bello –diferente al canon griego– porque la realidad por fuerte que sea, por dionisiaca que se presente, merece tenerse en cuenta para la estética como expresión cultural, como reflejo de grupos humanos, de época y de entorno.

Cacciari (2000: 71-2) nos cuenta que en la antigua Grecia, Ártemis “sedujo” a Narciso al borde de una de las numerosas fuentes del Helicón. Esa fuente era límpida, cristalina; ningún árbol, follaje o animal la enturbiaba, ninguna sombra la oscurecía. Así, mientras él se inclinaba para beber, pudo verse perfectamente reflejado y pudo tener, sin sombra alguna, la intuición de su propia sombra. La fuente de Ártemis capturaba la sombra de Narciso de una manera tan límpida, tan pura, tan fiel, que no pudo resistir y se precipitó a besar esa *imago*, pero ella se desvaneció en cuanto él cayó al agua. La forma de ese reflejo lo había encantado. No era más la imagen muda y oscura cuyos contornos huidizos, cuyas líneas inciertas y quebradas había contemplado tan frecuentemente. Ahora podía percibir un rostro, un color, una expresión. La sombra entera estaba puesta a la luz: Narciso podía finalmente considerar su obra como realizada. Se reproducía en el espejo de Artemis su propia sombra, esa misma sombra que hasta entonces había interrogado y perseguido en vano.

Me valgo de la reflexión de Cacciari e imagino a Rojas Herazo mirándose en esa hermosa fuente oceánica, observando su reflejo, el reflejo del ser americano que es el *imago* que plasma en sus cuadros, esos cuadros innatos que cuentan una historia, en

los que maneja colores elementales –tierra– que luego derivan en el caos, pero en los que el hombre es su principal protagonista. En cuadros gigantes, de longitudes casi muralistas, donde la figura pide un espacio mayor para desahogar su angustia, su esperanza. Los trazos son, así mismo, libres, sueltos, largos, en la búsqueda de trascendencia.

En cuanto a la línea, de una fuerza rápida, Rojas Herazo denota la profundidad de su expresión de sentimientos y el amor por presentar personajes originales en bruma de colores ocres, amarillos: personajes salidos de su cotidianidad tropical. La geometrización en juego de luz y sombra sugiere el volumen y las formas de los objetos. Héctor Rojas Herazo concurre con la muestra pictórica de su tierra. Representa al hombre en diferentes oficios y situaciones de la vida: es el hombre hacedor, angustiado, que se aleja de la tierra, porque quiere avizorarla y aferrarse a la existencia. El maestro de Tolú, forma parte de la expresión plástica americana que tiene unidad creadora homogénea. En ella tenemos aportes muy valiosos que van a construir ese gran mundo, esa fuerte inspiración, que no es otra cosa que las diferentes miradas de la realidad americana. Los rasgos de los personajes rojasherazianos son mestizos, con una piel color de ébano, al igual que los representados por José Clemente Orozco, Diego Rivera y Oswaldo Guayasamín. El gesto es recio, pleno del oficio ejecutado como lo hace Candido Portinari, quien muestra los obreros al entrar en la mina, al salir de la mina, en la trinchera, la mujer en la guerra o el drama de los trabajadores agrícolas. Así, con la misma hidalguía, las vendedoras de Rojas Herazo están orgullosas de su oficio, son el oficio mismo y tienen la cadencia que también imprime Enrique Grau a sus mulatas. Como Wilfredo Lam, captura en las pinturas la esencia mágica y sincrética de su tierra. Los hombres son recios, en cuyas manos se muestra la fuerza, el empuje de la raza americana.

Rojas Herazo, aunque conoce las corrientes europeas, mantiene la pintura nacida en su solar, de donde proviene su inspiración: “Mi propósito es el de sembrar la semilla de la genuina expresión americana, para que se den cuenta que no es el gris europeo, ni la fría y formal composición, los cauces por donde se debe expresar el vigoroso drama americano” (Rojas Herazo 1956a: 14-5). Esta es la esencia de sus intereses artísticos, la exaltación y divulgación de las expresiones propias de su tierra.

Aunque como pintor tuvo fuertes críticas –Marta Traba (1960) lo llamó “El cañibal de la pintura” y luego “El gigante domesticado”–, su expresión es la afirmación de su personalidad y, por lo tanto, no declinó en su estética: trabajó lo desorbitante, lo carnavalesco, lo vernáculo, lo fuerte, lo titánico. Aunque su pintura permaneciera “al margen de la pintura,” no cambió sus figuras recias, con volumen logrado por el manejo del color –los cobrizos–, por la pincelada de colores puros, desvanecidos y planos que utilizó Obregón. Este desandar pictórico va hacia el encuentro de formas iniciales, de fuertes colores; construye telarañas que envuelven las imágenes en un acto de reflexión, paciencia y humildad. Como lo expone Luis Rosales (1980: 1-4): “Es un retorno al origen, que vuelve a la inocencia, enraizada y caliente, dura, agresiva, con una

luz de plano único que baña los objetos por igual y que en el manejo de la figura humana le da un trato alucinatorio, misterioso, con una exigencia técnica impecable.” Es una estética con acento propio que expresa intensidad emocional; incluso al representar una naturaleza muerta, ella es humanizada. El mundo de los insectos y los seres marinos, los melones, las sandías, las figuras arlequinescas, los fantasmas *carneístoléndicos*, los príncipes y monarcas, vendedoras y bodegones, conviven en una atmósfera tierna y alucinante a la vez que representan un museo antropológico.

Cada cuadro es una exposición de colores vibrantes: hay humanización de la mitología, vida en plenitud y en drama, espíritu que se hace silencio misterioso de quienes hilan la eternidad, gallos que guerrear al alba con toda la naturaleza. Es una pintura que llama la atención por la riqueza del color y la complejidad de las técnicas donde aparecen óleos, ceras, tintas, lápices, témperas y crayolas, imbricadas en una sola materia sobre acrílico, lienzo y madera que soportan la tensión dinámica de la línea, los pesos y los volúmenes de cada composición con temática variada, donde el artista quiere registrar fielmente los recuerdos que guarda de su infancia, en un barroco colorístico de plenitud americana.

La pintura de Rojas Herazo está centrada en el ámbito de la Costa, pero con trascendencia. Es la representación del hombre americano, mestizo, en ocupaciones americanas. Quiere plasmar el pasado contrastado con el presente del hombre en situaciones y oficios que se van sustituyendo, es el ser que va perdiendo su cotidianidad, su satisfacción al desempeñar oficios que han cambiado.

Según Gil Tovar (1982: 18-9), el expresionismo es el movimiento artístico que surge en Alemania como reacción al impresionismo y al positivismo de finales del siglo XIX. En él se tiene en cuenta la obra de arte como expresión del sentimiento interior del artista, su estado emocional y su visión personal del entorno. Este concepto nos ayuda para situar en dicha corriente pictórica a Rojas Herazo, quien en sus cuadros plasma el torrencial sentimiento del hombre caribe.

El artista ve lo estético de la mujer costeña, la vendedora de frutas, de sábalo; un niño con una cometa, la cumbiamba, la muerte, los caballos, los gallos, los peces, los reyes, los cantantes y músicos, los jauleros. “Son seres y elementos cotidianos que sublimiza en su pintura; para él son la expresión de lo bello: por su color, por su textura, por su alegría, por lo que representan para el Ser caribe” (Rojas Barbosa 2003). En su pintura figurativa quiere mostrar su específico canon de belleza.

Desde 1947, Rojas Herazo realizó diversas exposiciones en Cartagena, Bogotá, Cúcuta, Estados Unidos y Europa en muestras individuales y colectivas. Fue invitado especial a España –país que lo acoge por muchos años– para el homenaje mundial a Juan Miró –en sus 85 años– en la que participó con *Tarjeta de señales para regresar a Juan Miró*, y desde entonces no interrumpió su ejercicio pictórico hasta el final de sus días, dejándonos en el espejo nuestra imagen.

Su estética poética

Héctor Rojas Herazo escribió cinco libros de poesía: *Rostro en la soledad* (1951), *Tránsito de Caín* (1953), *Desde la luz preguntan por nosotros* (1956b), *Agresión de las formas contra el ángel* (1962) y *Las úlceras de Adán* (1995). Desde sus títulos mismos se encuentra la trascendencia hacia Dios y el merodeo del demonio. Además de ser una ruptura con la poesía tradicional, conforman una exploración a fondo del hombre en su condición terrestre: plenitud, agonía, soledad, celebración y duelo.

La poesía de Rojas Herazo se proyecta con el pensamiento del grupo *Mito* —Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Fernando Charry Lara, Fernando Arbeláez, Álvaro Mutis y Rogelio Echavarría, entre otros— y es una inquietud contra *Piedra y Cielo*, que se consideraba como “repetición de palabras de imágenes, emociones que conducían a la pérdida del misterio poético” (García Maffla y Arévalo 1995: 397). *Mito* tiene como principio trabajar el lenguaje en una expresión exacta para encontrar lo lírico, se refiere al espíritu, más que a los sentidos; toca las raíces del pensamiento creador contemporáneo, da importancia a los problemas comunes de la vida y la poesía; es decir, unen la creación poética al hombre cotidiano y a la historia social del país.

En la creación poética, se tiene en cuenta el verso libre, hay concentración temática y verbal, incorporación de voces provenientes de todas las experiencias humanas, aún las que se consideraban antipoéticas —se da desde el enunciado hermético hasta el habla coloquial—, ampliación y/o digresión de la métrica, innovación métrica al unir verso y frase. El poema se considera como organismo y unidad rítmica en totalidad, se da valoración crítica de la poesía en el poema, ejercicio del pensamiento poético paralelo a la creación. Ahora se privilegian en una nueva connotación: el destino y la muerte, lo nocturno, el vacío y el absurdo, la culpa, las zonas de lo inconsciente y la leyenda; se hace necesario el regreso a lo original y al misterio, a lo intocado. Desolación, ira, hastío, rebelión, fe y sentimiento de desarraigo, son el resultado de la metafísica de la desilusión (García Maffla y Arévalo 1991: 379-97).

Así, en la poética rojasheraziana se encuentran estos postulados. En ella muestra lo efímero, el hombre de barro, una flor, un perfume que se evapora, una llaga que se pudre, pero también están presentes otros aspectos:

La inocencia, la pureza del ser humano:

(...) Estaba desnudo y era bella su desnudez.
Y en su cuerpo era el número, la medida y el orden.
Sobre sus cabellos temblaba la luz con un ala Purísima (...)

La soledad, la compañera del hombre:

Estas solo, biológica y hermosamente solo,
(...) Tu propia vida y muerte me rodean (...)

